

TRES CUENTOS DE MANLIO ARGUETA

LA HORA DEL CAFE

—¡El café está listo!

La vieja gorda alzó la voz.

Eduardo saca la cabeza por la ventana del altillo.
—¡Ya bajo!

Está cansado de oír gritar la misma voz, a la misma hora, con el mismo chillido. Cansado de esa muchacha que le lleva el café. Cansado de todo. Por eso grita ¡ya bajo! para que nadie suba a fastidiarlo.

—No se moleste, quédese ahí.

Y ahí se queda, tendido con la vista fija en la roseta de porcelana clavada en el centro del cielo raso. La brisa del Norte por la ventana. “Tengo que escribir esa carta y debe ser ahora o nunca”

Ve el César Vallejo sobre la mesa que le sirve de escritorio y comedor. “Es demás Eduardo, no trates de vencer tu decisión, tienes que escribir esa carta. No, no la escribo; después me arrepentiría. . . ¿Arrepentirse? No tienes nada qué perder. Vives porque respiras. Esa carta.” Por algunos minutos revuelve los papeles, que guarda en una gaveta, hasta encontrar las hojas de papel amarillo. Siempre le había escrito en ese papel, ahora no sería la excepción. (*Il a fait des ronds/ avec la fumée/ Il a mis les cendres/ Dans le cendrier/ Sans me parler/ Sans me regarder/ Il s'est levé*) Y recordó la última vez de su encuentro con Rosario

—¿Te pasa algo? —dice Rosario con dulzura.
—Creo que estoy enfermo. —Y la mira directamente a los ojos.

Rosario, segura de sí misma.

—Uno se inventa las enfermedades.

—Todo lo mío es inventado —dice Eduardo con resignación.

—No digas eso, déjame terminar

—Digo lo que sientes.

Rosario, sorprendida, mientras mira por el ventanal los techos altos y lejanos de la ciudad.

—¿Dices lo que yo siento? No entiendo.

Eduardo no aparta la vista del vaso de cerveza.

—Lo sabes pero no quieres enfrentarte a la realidad.

—¡Dios mío! No sé lo que me está pasando.

Sí, él la provoca pero esta vez piensa dominarse para no darle ningún pretexto.

—¡Tan lindo que se está aquí! —Rosario adopta un aire de felicidad—
Pensar que hace tres años venimos a este lugar y todo parecía un sueño.

Desde aquí se ve la ciudad, tendida sobre el lienzo azul. A la derecha, la cruz clavada en la cúspide del Cerro San Jacinto hace jirones la niebla. A unos pocos metros y abajo, la iglesia con sus vitrales de niños y estrellas a lo Joan Miró. Cuando Rosario dijo “¿Te pasa algo?” tenían poco tiempo de haber llegado a la cafetería “Linda Vista” Se sentaron en una de las mesas que da al mirador y así estuvieron buen rato sin dirigirse la palabra. Pidieron dos cervezas. Ella con la vista por sobre la ciudad, mucho más abajo de la iglesia.

—¿Te pasa algo?

—Sabes que estoy herido.

—Siete días sin vernos me parece una eternidad

—Herido por todos.

—Has sido un desconsiderado, como si yo no existiera

Eduardo, volviendo en sí.

—Creo que debemos ponernos de acuerdo .

—Te has retirado sin decirme nada.

—¿No piensas que es lo mejor? —Eduardo adopta un aire de rudeza pero ya sin la altanería del principio

Rosario, con humildad.

—Me haces falta.

—Discúlpame. —y de nuevo se sintió vencido.

—¿Disculparte de qué?

—Tú lo sabes.

—Sólo te pido que me quieras.

—¿Sí? a veces creo .

—No lo demuestras aunque lo creas —interrumpe Rosario—. Crees que estoy obligada a hacer lo que te agrada y a no hacer lo que te desagrada.

Eduardo aspira profundamente el cigarrillo.

La vieja gorda dio un grito desaforado. ¡El café! Luego, en voz baja:

—Andá, lleváselo —dice dirigiéndose a la joven mucama— y apuráte que se enfría.

Mientras los pasos suben por la escalera, Eduardo deja de escribir la carta, mira hacia la puerta donde aparecerá la muchacha,

Ella, sin mirarle, abstraída en la bandeja sobre la cual descansa un frasco de café soluble, un recipiente de aluminio y una taza.

—Si quiere más agua me avisa. —La bandeja tiembla en sus manos. El trata de ayudarla pero la joven se adelanta y desocupa sus manos con violencia. El agua caliente se derrama sobre la mesa— Perdona ya le manché sus cosas.

Eduardo, sin darle mucha importancia, pero sin perder ningún movimiento de la muchacha que prepara el café.

—¡Gracias!

—Si necesita algo más me llama —dice ella azorada.

—Gracias . Gracias —dice Eduardo como si no pudiera decir otra cosa. Y comienza a escribir.

—Dentro de un rato subo a llevar los trastos.

—Gracias —repite Eduardo sin apartar la vista del papel.

Pensaba decirle que se fuera, que lo dejara en paz, que no pusiera esa cara de ángel hipócrita, que no quería nada.

Ella desaparece por la puerta y baja las escaleras.

Eduardo mira la carta inconclusa. Escucha los pasos de la muchacha. Por unos segundos no sabe qué hacer. (*Il a mis le sucre/ Dans le café au lait/ Avec la petit cuiller/ Il a tourné/ Il a bu le café au lait/ Et il a reposé la tasse/ Sans me parler*). Guarda la pluma y estruja el papel amarillo donde siempre le había escrito a Rosario y toma su taza de café.

II

OPERACION GAVIOTA DE OJOS AZULES

El único recuerdo que tenía de ti, Eduardo, cuando quedaste con las manos en alto, para siempre, diciendo adiós. Luego desapareciste como una visión, como un fantasma. Eso pasó cuando éramos niños. Hace unas horas he soñado contigo y de nuevo llegas a mi memoria. Y a la realidad.

Tu viejo automóvil se incendió en el camino a la playa. Vi entre el polvo tu alta y delgada figura. Ahí estabas, echado a un lado bajo la sombra de los almendros. Mi padre dijo que debíamos ayudarte. Yo te reconocí de cuando me decías adiós y quedabas con la mano en alto, para siempre

—Yo soy Eduardo.

—Yo Rosario —dije.

Y seguimos juntos hacia el mar. Nos bañamos. Me tiré sobre la arena húmeda para ver la puesta de sol entre los peñascos de la playa. ¡Me contaste de cuando pasabas la frontera Guatemala-Honduras, Honduras-Nicaragua!

—Pero no entiendo por qué te expones, Eduardo.

Hay cosas que no pueden entenderse —dices. Al fin como que te fastidias y pones paro a la conversación mientras el sol sobrenada en el mar bermejo.

—Así es la vida, Rosario, así es.

El fugaz encuentro terminó mal. te hice saber que partiría para México a estudiar Derecho Diplomático

Si no te hubiera conocido, Eduardo, no estaría viviendo esta muerte desconocida, esta realidad que comenzó con un sueño hace unas horas. El ruido de motores es un ronroneo lejano. Ahora mi rostro es devorado por miles de insectos que se manifiestan en forma de dolor. Me golpearon, me dieron de puntapiés. Me vejaron. Y yo sin poder hacer nada. Mi rostro pega directamente con el piso del avión.

Sentí una gran tristeza cuando me escribiste sobre tu retorno a Celeste María. Luego, un terror inevitable. En clave significaba que volvías a Nicaragua. Sí, a Nicaragua, a enfrentarte con los tigres, con las culebras, con el hambre; pero lo terrible era tu enfrentamiento con los hombres. ¡Dios mío! ¡Te perseguirían, te echarían en las ensenadas, te barrerían con las ametralladoras como hicieron con Tomasito y sus compañeros mejicanos en El Dorado! En el primer combate, mientras llegaba la hora, permaneciste en vigilia; el combate no llegó nunca, quedaste en la retaguardia con dos compañeros más mientras el resto del grupo salió en busca de alimentos. Después oíste la fusilería lejana. Ellos no regresaron. Pasó igual que a Tomasito en El Dorado. No te quedó más alternativa que huir hacia Estelí con tus dos compañeros sobrevivientes.

Después me escribiste diciendo que regresabas a nuestro país; que Celeste María sólo era una ilusión; que continuarías tus estudios en la Universidad. Intercambiamos muchas, muchas cartas. De repente ya no recibí contestación. Inquirí por ti con unos amigos pero no pudieron darme ninguna referencia sobre tu paradero. Tuve un presentimiento: regresaste a Celeste María, como después lo confirmé. “Ya no lo volveré a ver” —me dije entre sollozos.

En eso días conocí a Mauricio.

—¡Dios mío! —musito mientras me revuelvo en la cama.

Mauricio, que se pone el uniforme frente al espejo del tocador, grita.

—¡Quién es Eduardo?

Yo aún no despierto.

—¡Quién es Eduardo? —repite.

—Nada —le digo— fue sólo una pesadilla, no le hagas caso.

Ahora me habla con voz imperiosa.

—¡Vas a explicarlo todo!

Miro el reloj sobre la mesa de noche. Las cinco de la mañana. Medio somnolienta, respondo:

—Eduardo fue un amigo de infancia no es nada importante, iba en un avión con el rostro son tonterías.

Mauricio deja de peinarse. Miro sus años en el espejo.
—Tu guerrera está sobre el sillón —le digo.

Pero no le cuento el sueño. Eduardo y otros van tirados sobre el piso del avión. En sus rostros les corre la sangre. El mío lo siento carcomido por miles de insectos o por el dolor, que es lo mismo. De pronto escucho una voz conocida que sale de la cabina. ¡No, no es posible! ¡Esa voz! Da una orden y varios hombres nos arrastran a la portezuela del avión mientras dos más la abren. Allá abajo se ve el mar. Y la voz me penetra en los oídos como una herida más, como nuevo dolor.

Le pregunto si va a regresar a la hora de la cena y me dice que no. “Tengo un trabajo especial” —refunfuña. Yo no le hago caso ni aun cuando reitera.

—Hoy participaré en la Operación Gaviota de Ojos Azules, así es que voy a regresar hasta la medianoche.

Mauricio sale del dormitorio y se despide. La puerta que da a la calle se cierra con violencia.

De nuevo recuerdo el sueño con Eduardo y escucho la voz conocida por el altoparlante que dice debe ponerse fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules. Y es como si alguien hubiese llegado a golpear mi corazón. A lastimar mi rostro carcomido por el dolor, a ensañarse contra mis heridas. Me visto con rapidez y salgo a la calle. Tomo el primer taxi que encuentro, en un esfuerzo por alcanzar a Mauricio. Cuando llego al lugar donde está destacado, pregunto por mi marido pero ellos no saben quién es mi marido. Unos hombres me ven con sus ojos inexpresivos y me dicen que no conocen a ningún oficial de nombre Mauricio. Les explico que hace poco llegamos de México. Ellos continúan imperturbables, mirando hacia ninguna parte.

Entonces pregunto por ti, Eduardo, quizás te conocían. No quería que Mauricio se manchara las manos de sangre. No recuerdo más. Cuando menciono tu nombre, los hombres de los ojos inexpresivos se dejan ir contra mí. Me preguntan cómo hice para llegar a ese lugar cuya entrada está vedada a los particulares. No me lo preguntan sino que me lo gritan. Ellos no me conocen ni conocen a Mauricio pero te conocen a ti, Eduardo. Me insultan, me golpean, y luego esa sensación de dolor en el rostro. Escucho el ruido de tu corazón y el de tus compañeros. El ruido de los motores del avión como un ronroneo lejano. Y por entre todos los sonidos, escucho la voz conocida. ¡Esa voz! que por el altoparlante dice que debe ponerse fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules.

III

ROSARIO A LAS SEIS

ERASE una vez Rosario.

Erase una vez la madre de Rosario, señora de costumbres conservadoras.

Erase una vez el hermano de Rosario, Alberto, que tenía una pistola marca Browning de acero azul.

Erase una vez Mauricio, escuchando el carillón de la Iglesia de Fátima y mirando a las palomas que se echaban a volar desde las ventanas del templo.

Erase una vez Rosario en un momento de desesperación, y su madre y su hermano Alberto .

—Te digo que no sales.

—Pero bien sabes, mamá, que me urge salir —dice Rosario en tono suplicante.

La madre, elevando la voz:

—¡Es mi última palabra! —Baja las escaleras en forma intempestiva y da un traspies—. Ya viste, casi me mato. —Se detiene y tórnase del pasamarnos. Dirige la mirada hacia la segunda planta de la casa, donde Rosario asoma suplicante—. Eres una necia, no sé qué hacer contigo.

—Yo iré aunque no quieras —solloza.

Alguien grita desde uno de los cuartos.

—¿Qué es ese ruido?

Rosario mira a su madre bajar las escaleras.

—No te vi entrar Alberto. —Va hacia la puerta donde sale la voz.

—Hace pocos minutos que llegué. —Se quita los zapatos con los pies, empujándolos por el talón, y se tira sobre el respaldo del sofá.

—¿Qué te pasa chiquilla?

Tediosa, desde la puerta:

—Mamá siempre peleando. .

—En los últimos días te manejas un carácter insoportable, nunca te quedas callada.

—Ya la conoces bien.

—También te conozco a ti.

Rosario entra al cuarto de su hermano. La muchacha viste un traje sencillo, para estar en casa. En su rostro se nota un aire distraído, como si hubiese estado enferma.

—Se enoja por cualquier cosa, claro que contigo no es así por que no te ves obligado a defenderte. —Llora.

—Yo no tengo por que defenderme de mi madre . .

—Eres el preferido —dice, y se sienta al lado de Alberto.

—Inventas algunas cosas. —Pausa— Y ahora ¿qué es lo que te pasa? Se acerca a su hermana—. ¿Por qué lloras? ¿Tienes algún problema?

—No es nada. . quiero salir y mi mamá no me deja porque le he dicho que vendré tarde.

—A ver a Mauricio —dice Alberto con malicia.

—Estás igual que mamá, sabes que tengo más de tres meses de no verlo. Yo no iría nunca a buscarlo.

—Es una broma.

—No me gusta esa clase de bromas.

—Nunca te habías comportado así, Rosario.

—No sé lo que me pasa —se levanta del sofá y se dirige a la puerta.

—¡Espera no te vayas!

Rosario con indiferencia

—Ya regreso.

—Yo podría ayudarte, si en realidad deseas salir.

—Por supuesto que deseo salir —dice mientras se detiene en la puerta— pero no necesito tu ayuda. —Luego, en tono sosegado— Gracias, Alberto, eres tan bueno!

INVIERNO Silba como lobo perdido el viento. El aire húmedo penetra a chorros por la ventana que da a la terraza del apartamento. Una mosca choca contra los cristales inclinados y se puede oír el aleteo persistente, el tin-tin-tin imperceptible. Lloverá este día. En las calles azotadas por la lluvia, los transeúntes correrán amparados en los aleros de las casas. El arco iris en el oriente, poco a poco morirá según aumenta la fuerza de la tormenta. Pronto llegará Rosario. El vestido mojado La cabellera humedecida sobre su rostro. Le diré que se ponga una bata que está en el closet. Cerraremos la ventana para evitar un resfrío y escucharemos el sonido metálico de la lluvia sobre el techo de zinc. Ella dirá “¡Dios mío!” ante la luz verde y el estruendo de la descarga eléctrica.

Mauricio se dirigió al baño.

Mira su rostro en el espejo. Tiene los ojos irritados. Abre con los dedos pulgar e índice los párpados para aliviar el ardor.

“Anoche leí mucho” A las seis llegará Rosario si es que la lluvia no la sorprende en su casa. Se dirigió de nuevo al canapé, esta vez, con un libro que tomó de su pequeña librería. Mira el cielo lleno de nubarrones. Se levanta otra vez y va hasta la mesa de trabajo donde descansa un tocadisco portátil. La voz mística y dulce de Joan Baez entoña *Manha do Brasil*.

La verdad es que Rosario no llegaría nunca a las seis de la tarde ni a ninguna otra hora.

NO hay dolor más grande que el recordar tiempos felices en la desgracia. Dejó de hojear el libro sin quitar el dedo índice de la página. Su madre no la había dejado salir y prefirió irse a la cama. Encendió la lámpara. Lloverá este día. Mauricio me besaba de la cabeza a los pies. *De buena gana hablaría a esos dos que van volando y parecen tan ligeros al ímpetu del viento* Son bellas las ilustraciones de Doré. Sólo Dios nos ve porque está en todas partes. ¡Pero si no es pecado estar a solas con el ser querido! *Tú puedes comprender el amor que por ti me inflama cuando olvido nuestra vanidad tratando a las sombras como un cuerpo sólido.* Afuera el viento golpea las palmeras del jardín. Pudiste haber salido con tu hermano pero preferiste quedarte a solas, torturándote el corazón. *Y cómo corre el niño hacia su madre cuando tiene miedo o cuando está afligido.* La soledad es el espejo de la conciencia. Aquí estás derrotada, con tus penas, como

si cada día fuera el último de tu vida. ¡No, ésta no es una verdad absoluta! Vive hoy como si mañana tuvieras que vivir. No te aflijas, todo pasó ya. *No hay en mi cuerpo una gota de sangre que no tiemble.* Cerró el libro de golpe. Buen traductor Cayetano Rosell. ¡Pero no sabes toscano! Yo lo intuyo; como se intuye la música. La primera vez que escuché *Le Sacre Printemps* fue sólo la reafirmación de una belleza inalcanzable que se vuelve realidad a nuestro décimo sentido: la intuición. Sintió un nudo en la garganta. Puedes llorar, las lágrimas te purificarán. ¡Pero si nadie que ama es sucio! ¡Podría ser tu mujer y demostrarte! ¡Qué mujer, ni qué nada, me importas un comino, ¿oyes? ¡Me importas un comino! ¡Cobarde, eres un cobarde! Tus palabras no me hacen mella. Sabes muy bien que te adoro. Es mejor que terminemos, Rosario, es mejor para los dos. Apagó la lámpara. De repente, la tormenta había oscurecido la tarde.

ELLA dijo “Buenos días”, él abrió los ojos. “Buenos” y se dio vuelta dándole la espalda. Por la ventana se veía el cielo azul. “Serán las cinco de la tarde”. El brazo izquierdo de Rosario descansó sobre los hombros de Mauricio. “Buenos días” repitió ella. El se desesperó, “Buenos días”. La atrajo hacia su cuerpo y ella se apretujó como un venadillo. “¿Has dormido bien?” “Hemos dormido más de una hora”. “Roncas como un tren”. Se besaron.

Habían llegado a los Planes de Renderos a las doce del día después de una ligera comida en el San Remo. “¿Quieres que vayamos a un lugar donde estaremos solos?” Ella le apretó la mano en señal de asentimiento. Tomaron un taxi.

Rosario le puso la mano sobre la cintura. “Tengo miedo” “No temas, estás conmigo”. Sentía miedo precisamente por eso; porque estaba con Mauricio por vez primera, a solas. “Aquí vivo” Rosario vio por la ventana que daba a la terraza los árboles del patio. Alrededor de la torre principal del Santuario de Fátima volaban las palomas. Se sentía a punto de morir pero estaba feliz. Mauricio cerró la puerta.

En el patio algunos pájaros saltarían entre las ramas de los árboles y cogerían las orugas que habitan entre la corteza verde-oscura de los aguacates. Las hormigas estarían arrastrando huevecillos en un éxodo interminable.

Rosario echó una mirada por la sala. tres sillas de madera y cuero, una mesa sobre la cual descansaba un radio de modelo antiguo, una librería de puertas corredizas; al fondo el retrato de un viejo de cabellera y barbas blancas, frente despejada, rostro de Dios. En otro lugar, una fotografía encuadrada en un marco rosa muestra a un grupo de muchachos entre los cuales estaría Mauricio mirando con ojos de eternidad la cámara fotográfica o el rostro severo del fotógrafo; en el costado oriente, una ventanilla, especie de tragaluz, con cristales de colores.

“Ese señor que parece Dios, es Whitman” —respondió Mauricio a una pregunta de Rosario. Mauricio la había ceñido contra sí, y de pronto se sentía feliz y sola en el mundo.

ALBERTO tenía una pistola Browning de acero azul, la guardaba en su cama debajo de la almohada. Cierta vez, Rosario le había hecho preguntas sobre el funcionamiento.

—Primero tienes que darte cuenta si tiene puesto el seguro; luego tiras hacia atrás el carro y miras si está cargada, si no hay tiro en la recámara, tienes que hacer más fuerzas hacia atrás y luego, sueltas, la pistola está cargada.

La madre asoma por la puerta de la sala, sorprendida.

—Mucho cuidado, Alberto, te he dicho que no saques esa pistola dentro de la casa . .

—Pero madre. . .

Rosario le quita la pistola Browning de acero azul a su hermano.

—Presta, la guardaré yo.

La madre furiosa.

—Deja, hija, deja. —Dirigiéndose a Alberto— Te he dicho que en mi casa no quiero esa pistola.

Rosario lleva el arma hacia atrás, escondiéndola de un inminente ataque de su madre:

—No está cargada, mamá, no veo por qué tanto escándalo.

La madre se retira. Hace gestos mientras baja la escalera.

—Dámela, vamos a guardarla —dice Alberto—, y extiende la mano hacia Rosario.

—Espera espera —y trata de manipular el arma. Tira del carro hacia atrás.

—Hazle fuerte y luego suelta para que se vaya hacia adelante. —Le quita la pistola Browning de acero azul— Así, observa, hay que hacer cierta fuerza. —El arma chasquea varias veces.

ROSARIO deja escapar un suspiro. Casi un sollozo. De repente, la lluvia ha dejado de caer y por las celosías entra la luz azul de la tarde. (Fue ayer Pasa el tiempo Rápido. La vida es vertiginosa porque nos movemos en un medio vertiginoso. Si no corres, te alcanzan y pasan sobre tu cuerpo. Así es. Vivimos en el siglo de la velocidad. Pero tu pensabas de otra manera. Todo lo ves desde adentro, pero de tan adentro que ya no te quedan fuerzas para los exteriores. Para mí, los ojos son la antesala del pensamiento. Tú, en cambio, miras con la razón, pues dicen que eres inteligente. La inteligencia es un defecto. Si, por lo menos en ti. Es un defecto. Ya sabes que no es una estupidez. Fuiste bueno hasta que la sinceridad te arrinconó contra tu propio orgullo. Ahora todo es distinto. Una persona es lo que dice y no lo que silencia. Cuando dos personas llegan a amarse es la culminación de días y días de compenetración y entendimiento, es una labor de lo emocional hecha con las fuerzas del corazón y el cerebro. He ahí un quehacer cotidiano destinado a sublimar lo que según Hobbes tiene de lobo el hombre. Nadie puede hacer trizas la mutua comprensión así porque sí. No somos uno y unos sino dos. Eso es ya una gran diferencia. Sin embargo me ha querido, pero a través de la intimidad. Yo era capaz del mayor sacrificio si eso era suficiente para demostrarle mi amor. ¡Ocho años de conocernos! Si, ocho años. Es lo mismo que si lo hubiera amado siempre. Después,

el deseo. El deseo es como un animal encadenado y hay que ir más allá de la cadena).

UNA vez que hubo cesado la tormenta, Mauricio apagó el toca-discos. Vio por la ventana el campanario de la Iglesia de Fátima. Las cinco y media. El carillón entonó el cántico de la Virgen María. Las palomas se asustaron y volaron en círculos sobre las casas vecinas. Por la ventana que da a la terraza, entró la luz azul de la tarde. (Ya te dije, Rosario, tú no me conoces. A veces pienso que podrías equivocarte conmigo. Pienso que soy un hombre libre . . . libre, sí, en el sentido vulgar de la palabra, creo que me entiendes. Tú eres otra cosa Rosario. No soy éste que ves reír ni el que viste llorar en "El Puente", ¿recuerdas? No soy este que te esperaba en la tarde mientras me fumaba unos diez cigarrillos. El ambiente envuelto en humo y mal olor como si fuese bodega donde se guardasen cosas viejas. Tú hacías un gesto. Yo sentía pena pero dejábamos abierta la ventana que da a la terraza. Recuerdo la primera vez. Ese hombre que se parece a Dios es Whitman. Me veías directamente a los ojos pues —decías— en ellos se expresaba lo que silenciaba el pensamiento. Te tomé de los brazos, frente a frente. Cerramos la ventana y sólo entraba el sol por el tragaluz de cristales verdes y rojos. Te alzabas en la punta de los pies para que todas las partes de tu cuerpo coincidieran con las mías. Eras un racimo de sensibilidad, animalillo acorralado. Te dejé caer sobre el sofá. Mi mano alisaba tu piel. Modelaba en cerámica la estatuaria de la felicidad, y, como escultor hacía hasta el último detalle de las partes más delicadas, como si en ellas hubiese radicado la obra total. Yo no soy éste que en aquella tarde estaba contigo, adorándote, como en un viejo templo o en una piedra ritual, donde tú eras una diosa iluminada por la luz verde y roja que se filtraba en la habitación y yo era un dios en la hora del reposo. La vida dejaba de transcurrir. Eras el holocausto en honor a la vida. Entonces te pedí con los ojos lo que tú en aquellos momentos no podías negarme. Aceptaste sin decir una palabra. Nos levantamos, la luz verde y roja te dio en el rostro y eras una figura aérea de Kandinski. Te tomé de la mano y pasamos a la otra habitación. Todo sin dirigirnos una palabra. En un tiempo remoto había surgido el acuerdo. Nos habíamos encontrado en un sueño y ahora realizábamos el sueño. Al fin hablamos. Se me ajará el vestido. Te lo quitaré. No, gracias yo puedo. Te arqueaste un poco y sacaste la falda gris por las piernas. Ayudé a quitarte la blusa. Desnuda eras. En tus ojos de niña.)

ROSARIO se dirige al dormitorio de Alberto y extrae la pistola marca Browning de acero azul. Tira hacia atrás, suavemente; luego, con seguridad, la hace chasquear. Mira por la ventana de su cuarto al cielo de las seis de la tarde. Se lleva la pistola de acero azul hacia el corazón.

(. . . se reflejaba un mundo desconocido que a pausas ibas conociendo en el reflejo de mis ojos. El fustán se había deslizado sobre tu pierna y, caído sobre el abdomen, formaba un nido que ocultaba tu sexo como si un pájaro estuviese empollando la maternidad. Seis años antes había tenido mi experiencia sexual primera. Ella había cumplido los veintidós años, yo los dieciséis. Me preguntó que si tenía novia, yo le dije que no. Tienes acné. Sí, mi madre dice que es la edad. ¿Te pones algo? Sí; ungüento Nixoderm. Cuando tengas una esposa desaparecerán. Estoy muy joven para tener esposa, además, nunca tendré una

esposa. ¿Por qué? Porque no. Yo fui una buena esposa. Sí, eres linda. No era sólo por eso; exageras. No; en verdad, eres linda. Nunca me habías hablado como ahora. Eras muy seria. Tú también y creces cada día. ¿Qué tiene? Te haces hombre y varias veces nos hemos quedado solos. Por mí no temas. Temo por mi soledad. Tu esposo. . . No hablemos de él ¿quieres? Muy bien. Hoy ya todo pasó. ¿No lo recuerdas? Claro que sí. Yo te quiero. Sí, me quieres. De verdad, te quiero. Yo también. ¿Como a tu esposo? Es distinto. Me gustaría quererte como tu esposo. Eres muy joven. Tus ojos. . . Es mejor que no hables. A las doce llegaba mi madre. Pero me sentía transformado. Operaba la transición de adolescente en adulto. Después, un sueño. Con los ojos cerrados te adentras a otro mundo. Miras con la sensibilidad. Aún la veo llorando. ¿Por qué lloras? No estoy llorando. Sí; lloras. Por nada, no sé. No hay motivo. Nunca volveré a llorar. Su marido había muerto en un accidente automovilístico. Cuando quedaste desnuda, Rosario, volví a recordar a la muchacha que una vez me había hecho hombre. Te hice mujer esa tarde. ¿Lloras? No; ¿por qué habría de llorar? No sé, me pareció que llorabas. No estoy llorando. Perdona).

Cuando el carillón del templo de Fátima entona el cántico de la Virgen María, las palomas salen por entre las ventanas, vuelan y hacen círculos en el cielo azul de las seis. Mauricio aparta los ojos del libro. Una de las palomas revolotea. Es como si le faltara el aire; mueve las alas con desesperación. Mauricio se levanta y sale. En cosa de segundos la paloma cae sobre la terraza. Corre a levantarla. Sigue respirando pero con dificultad. Es como si se ahogase. Se la lleva al regazo y pasa sus manos sobre el cuerpo aún caliente del ave. Mauricio quedará inmovilizado mientras el cielo azul comienza a mancharse de estrellas.

La noche es eterna.

